

La compleja paz árabe israelí

Miguel A. Vasco *

Prolegomenos

La convivencia de Israel con sus vecinos árabes, caracterizada por sucesivos incidentes y confrontaciones intermitentes, solo se puede explicar con objetividad oteando el dilatado horizonte de su historia. Por eso el incidente ocurrido en junio último en una zona cercana al puerto de Gaza, donde soldados israelíes abordaron por la fuerza unidades navales de la “flotilla de la libertad”, que iban con propósitos humanitarios, no puede interpretarse como un hecho aislado sino dentro de la compleja urdimbre de las relaciones internacionales en el escenario del Medio Oriente. En efecto, sin desconocer la naturaleza de dicha expedición pacífica, organizada en Turquía con gentes de diversas nacionalidades, tampoco se puede ignorar la intención política de sus mentores, orientada a romper el bloqueo israelí al puerto de Gaza y concitar la atención mundial hacia la situación de los palestinos en esa región. La operación militar judía, al abordar el buque de bandera turca Marvi

Marmara, produjo nueve muertes de civiles y mereció la repulsa de la comunidad internacional, a partir de una resolución adoptada por el Consejo de Seguridad de la ONU. Las críticas se dieron incluso en órganos de opinión israelí, por el equivocado uso de la fuerza, que abrió espacio a la argumentación de los activistas. No son pocas las opiniones que demandan el levantamiento del bloqueo de Gaza. El Consejo de Seguridad, por su parte, resolvió conformar una comisión investigadora que informe objetivamente sobre aspectos puntuales del incidente. Conviene, por tanto, explorar las raíces de este antiguo y preocupante conflicto.

El itinerario histórico del pueblo judío ha estado marcado por los rigores de la diáspora y su forzada dispersión por diversas latitudes del planeta. “Durante casi dos mil años, el pueblo judío, disperso por muchos países, incluyó en todos los oficios en las sinagogas una oración por la felicidad de Palestina, la Tierra Santa, y por el retorno de la presencia de Dios a Jerusalén. Durante siglos de persecución, cuando una tras otra de las

* Embajador de Carrera del Servicio Exterior ecuatoriano. Vinculado con el ejercicio de la Cátedra Universitaria y el Periodismo. Presidente de la Asociación de Diplomáticos en Servicio Pasivo -ADSP-.

tierras que habían parecido ofrecer refugio se habían convertido en lugares de tormento, expulsión y muerte, el sueño del retorno a la patria judía se mantuvo siempre como un rayo de esperanza. Durante toda la historia judía, algunas personas devotas, desde todos los países del exilio, se habían trasladado a Palestina” (Historia de la Humanidad, UNESCO, pag. 46). En las postrimerías del siglo XIX y poco antes de la primera guerra mundial, cuando una numerosa leva de judíos escapaba de una Europa oriental convulsionada, se incrementó el traslado a Palestina y las organizaciones sionistas de Europa y Estados Unidos brindaron apoyo a quienes iban a instalarse allí.

Como se puede apreciar, la fidelidad del pueblo judío a su credo y a su patria se mantuvo inalterable en la diáspora bajo el emblema de Sión, que es el nombre de una de las colinas sobre las que se yerguen Jerusalén y su templo. De ahí tomó su denominación el sionismo, casi a finales del siglo XIX, que es el movimiento que alentaba el propósito del retorno a la tierra prometida. Esta mística colectiva dio sustento a la creación del Estado de Israel, pero si bien este logro tuvo raíces históricas, fueron tres sus actores principales: Theodor Herzl, el visionario; Chaim Weizmann, el fundador; y Ben Gurion, el luchador.

Creación del Estado de Israel.

Mirado el tema desde una perspectiva cronológica global, el Estado de Israel tiene tres fechas de fundación. La primera se dio en el año

1020 antes de Cristo, cuando Saúl fue elegido rey de Israel. Ese Estado tuvo tres siglos de duración, hasta su derrota por los asirios en el año 722. Este hecho produjo la división en el reino de Judea, al sur, y el de Israel, al norte. Después de las victoriosas guerras de los macabeos (167-163 a.C.) hubo una segunda fundación del Estado judío. En el año 63 antes de Cristo, la tierra de Canaán, patria de los judíos, fue integrada al imperio romano. El tercer Estado judío se creó el 14 de mayo de 1948, en virtud de una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobada el año anterior.

El doctor Theodor Herzl se graduó de abogado en Viena y trabajó un tiempo en un juzgado de esa capital. Pero su vocación se orientaba hacia otras actividades, incluida la literaria. Enviado a París como corresponsal de un periódico vienés, allí se enfrentó por vez primera con actitudes discriminatorias, pues en Austria no había manifestaciones antisemitas. Le impactó profundamente el proceso que se celebró el 19 de diciembre de 1894 contra el capitán Alfred Dreyfus, de origen judío, acusado de alta traición por sospecha de haber entregado documentos militares a los alemanes, y cuya inocencia se probó tiempo después. Herzl estuvo presente en el juicio, y en uno de sus artículos sostiene que en esa ocasión no se trataba de un arrebato de furor que induce a la chusma levantisca a cometer toda clase de desmanes, sino que todo estaba ya arreglado por la acusación. Relata que no se gritaba “abajo Dreyfus” sino “abajo los judíos”.

Esto hirió su sensibilidad y ahondó su convicción sobre el retorno a la tierra prometida. El año siguiente escribió un libro titulado “El Estado judío”, que no solo contiene una visión profética sobre el tema sino detalles minuciosos de la organización estatal, hasta las características de la bandera nacional.

El doctor Herzl se convirtió en un agitador de su causa y logró realizar el Primer Congreso Sionista, en agosto de 1897, en el Casino de Basilea. Hubo diversidad de criterios, pero al final se acordó no omitir esfuerzos encaminados a “la fundación de una patria abierta legalmente a la que pudiesen acudir todos aquellos judíos que no hubieran logrado aclimatarse en otros países”. No paraban mientes todavía en un Estado judío propiamente, menos aun en un Estado de Israel para todo el pueblo judío. De todas maneras, el gestor de este hecho histórico se sintió satisfecho, porque tuvo una gran repercusión, y emprendió la tarea de ponerse en contacto con varios jefes de estado y los poderosos de la época para motivar su respaldo a la causa judía.

Herzl falleció en 1904. El objetivo de su lucha estaba todavía distante, pero dejó en marcha el movimiento sionista y concitó la atención mundial hacia su causa.

El doctor Chaim Weizmann, nuevo jefe del movimiento sionista, era un intelectual como su antecesor. Procedente de un lugar recóndito de la Rusia zarista, se afincó en Alemania en 1893, donde estudió y se formó profesionalmente. Era un nacionalista convencido y abrigaba

la certeza de que un Estado soberano solo podría nacer en Palestina, donde los judíos lo tuvieron dos mil años antes. Con tacto diplomático, Weizmann se dirigió a Inglaterra, a la sazón potencia protectora de Palestina. En uno de sus primeros contactos con políticos británicos afirmó que “Una Palestina judía será una muralla protectora para Inglaterra, sobre todo desde el punto de vista del canal de Suez”.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, judíos enrolados en ejércitos adversarios se mataban entre sí, pero se mantuvo la unidad del sionismo. Antes del conflicto, el Ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Arthur James Balfour, le manifestó a Weizmann: “En cuanto empiecen los disparos es probable que obtenga su Jerusalén”.

Balfour honró su palabra cuando, el 2 de noviembre de 1917, dirigió su famosa carta a lord Lionel Walther Rothschild, miembro de la Cámara de los Lores y vicepresidente del consejo de las comunidades judías en Gran Bretaña. En ese documento, que se conoce con el nombre de Declaración Balfour, se lee: “El Gobierno de Su Majestad considera con simpatía la creación de un Estado nacional para el pueblo judío en Palestina y está dispuesto a ordenar lo necesario a fin de que el proyecto sea una realidad”. Balfour puso, sin embargo, una limitación: la fundación de una patria judía no debería perjudicar los derechos de ciudadanía o religiosos de las comunidades no judías residentes en territorio palestino. Esto no colmaba las expectativas de los sionistas y

su líder, porque si bien representaba un avance en la marcha del proceso, los británicos les ofrecían un hogar nacional pero no un Estado, pues en Palestina residían entonces 635.000 árabes y europeos, frente a 65.000 judíos. Había un doble juego en la política británica, con sendas ofertas a las partes involucradas.

En ese contexto se desarrolló un intrincado juego diplomático con intereses contrapuestos en el Medio Oriente, pero la Declaración Balfour no produjo ese momento ninguna reacción entre los árabes, quienes no veían inconveniente en que judíos capitalistas se instalaran en Palestina, fortaleciendo su economía. Incluso Chaim Weizmann se trasladó a El Cairo, en marzo de 1918, para asegurar a los líderes árabes que la inmigración judía no afectaría los derechos árabes. Entre Gran Bretaña y Francia se repartieron Palestina, Irak, Siria y Líbano, no como territorios coloniales sino a título de zonas bajo mandato de la Sociedad de Naciones.

Una vez que los británicos tomaron posesión de Palestina, a la luz de dicho mandato, Chaim Weizmann reiteró públicamente que el objetivo de los sionistas era fundar un Estado judío. Y declaró que “Palestina será judía como Inglaterra es inglesa”. Poco después comenzaron a producirse incidentes entre árabes y judíos.

Pero apareció un líder revisionista, el judío ruso Vladimir Yabotinski, que no coincidía con la política diplomática de Weizmann, sino que postulaba la tesis de conquistar por la fuerza la tierra prometida. El

comenzó a organizar el Haganah, en 1920, para la “autodefensa” de las colonias judías, y es ese el origen del Ejército del Estado de Israel. Yabotinski fundó también, en 1937, la organización terrorista Irgun Zvai Leumi. Los árabes, por su parte, crearon asimismo el grupo terrorista Al-Fatah, en 1936, para desarrollar la lucha contra el ocupante inglés, objetivo en que coincidían los judíos.

En 1936 hubo preocupantes disturbios en Palestina y por eso el Gobierno británico envió a la Comisión Peel, así denominada por el nombre de quien la dirigía. Después de las averiguaciones de rigor, la Comisión sugirió dividir Palestina entre judíos y árabes. Su plan de distribución no satisfizo especialmente a los árabes, en términos cuantitativos, en tanto que el XX Congreso Sionista tampoco estuvo conforme, por razones políticas, pues sus integrantes habían superado la idea de un “hogar nacional” y solo postulaban la construcción del Gran Israel. Pero el delegado Ben Gurion, de origen ruso, jefe de la Jewish Agency desde 1935, expresó a los demás delegados: “En los debates no se trata de si Erez Israel es divisible o no. Ningún sionista puede renunciar a la más leve partícula de Erez Israel. Las discusiones giran en torno a cuál de los dos caminos es el más rápido para alcanzar el objetivo”. Al final el Congreso sionista declaró su conformidad con el plan de distribución de la Comisión Peel, así como la Jewish Agency, y así se admitió la autoterminación judía en Palestina, con la creación del futuro Estado de Israel. Los árabes rechazaron el Plan

Peel y lanzaron sus guerrillas contra el ocupante británico entre los años 1936 y 1939.

La violencia intermitente como medio de acción política operó por varios años. Una de las acciones más espectaculares la ejecutó, en julio de 1946, el grupo terrorista Irgun, a la sazón dirigido por Menahem Begin, futuro primer ministro de Israel. La carga explosiva colocada por Irgun en el hotel Rey David destruyó un ala completa del edificio y provocó más de doscientas víctimas, entre ellas ocho oficiales británicos, contra quienes se montó el atentado. Begin relató después los detalles del osado episodio. Varios hombres de la unidad de asalto, vestidos con el uniforme de la empresa distribuidora de leche, entraron portando sendos bidones y los depositaron en la bodega del hotel. La sospecha de dos soldados británicos precipitó el curso de la operación, pero aun así los atacantes lograron salvar a los empleados árabes, poco antes de que la carga explosiva de los bidones lanzara esos artefactos hasta el sexto piso del edificio.

Con estos antecedentes, relatados a vuelapluma, diremos que los ingleses, acosados por odios y resentimientos de sionistas y árabes, tomaron la determinación de dar por concluido el mandato de Palestina. El Ministro de las Colonias expresó ante el Consejo de Seguridad: “Esperamos que con nuestra retirada y entrega de la autoridad, las escuetas realidades serán mejor apreciadas por todos los interesados....La administración del mandato ha traído sobre las cabezas de nosotros los británicos la execración de los judíos

y el enconado resentimiento de los árabes; nos ha hecho el blanco de maliciosas críticas en todo el mundo. Hemos desempeñado nuestro papel hasta el límite de nuestros recursos”.

Pero veamos cómo se procesó el tema en el marco de las Naciones Unidas. Como las disputas en el mandato se habían tornado en extremo agudas, el Reino Unido solicitó, en abril de 1947, una reunión especial de la Asamblea General “para estudiar la cuestión de Palestina”. Al mismo tiempo anunció su decisión de renunciar al mandato y ponerlo en manos de la ONU, para ver qué solución podía encontrar a este delicado caso. Preciso también que Su Majestad no tomaría parte en la imposición de ningún plan que no fuera aceptable para ambas partes. Según la agenda, el único propósito de dicha reunión de la Asamblea General era la autorización y nombramiento del Comité Especial para Palestina (UNSCOP), que “tendrá los más amplios poderes para cerciorarse de los hechos y registrarlos...dará la más cuidadosa consideración a los intereses religiosos del islamismo, el judaísmo y el cristianismo en Palestina...presentará aquellas proposiciones que pueda considerar apropiadas para la solución del problema”.

En la segunda sesión ordinaria de la Asamblea General, reunida en septiembre de 1947, el Comité para Palestina presentó el resultado de sus investigaciones, dividido en dos informes, el de mayoría y el de minoría, porque no hubo un acuerdo general. El informe de minoría planteaba el establecimiento de un Estado federal, que comprendería los

sectores árabe y judío, con Jerusalén por capital. El de mayoría postulaba crear un Estado judío separado e independiente, un Estado árabe similar y un régimen internacional para Jerusalén. La ejecución del proyecto quedaría en manos del Consejo de Seguridad. Como era previsible, se produjeron enconados debates y no se vislumbraba un acuerdo posible, pero quedó la sensación de que la situación no admitía más demoras.

El 29 de noviembre de 1947 retornó a las deliberaciones la cuestión de Palestina y se consideró que había llegado el momento de adoptar una resolución. Hubo una serie de intervenciones vibrantes y se procedió a la votación. Se registraron 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, entre ellas la del Reino Unido y algunos Estados latinoamericanos. El voto del Ecuador fue afirmativo. Todos los árabes votaron en contra de la resolución. Se proclamó el resultado en el sentido de que se había aprobado la moción de dividir Palestina en dos Estados, con un régimen internacional para Jerusalén. El delegado de Siria se puso de pie, y dijo: “Caballeros, la Carta ha muerto. Mi país nunca reconocerá tal decisión”. Uno de los argumentos de los árabes ha sido que las Naciones Unidas no tenían derecho para crear un nuevo Estado.

Gran Bretaña se comprometió a abandonar Palestina el día 15 de mayo de 1948. Hasta tanto, el Comité de Palestina remitía informes apremiantes indicando que la única forma de hacer ejecutar la decisión de división territorial era emplean-

do una poderosa fuerza militar. El Consejo de Seguridad, en cambio, se afirmaba en la convicción de que el arreglo pacífico de la situación sería la única solución procedente.

El viernes 14 de mayo de 1948, mientras se desarrollaban los debates de la Asamblea General, cayó como bomba la noticia de que el Consejo Nacional Judío había proclamado la formación del Estado de Israel. El sábado 15, anunciado por Gran Bretaña, era un día ritual para el pueblo judío, y tal vez por eso se adelantó esa fecha histórica.

En la tarde del 14 de mayo se reunió el Consejo Nacional Judío, en el salón principal del Museo de Tel Aviv. Ben Gurion, presidente del Consejo, dio lectura a la Declaración de Independencia y concluyó con estas palabras: “Nosotros, miembros del Consejo Nacional, representantes del pueblo judío de Palestina y del movimiento sionista internacional, nos hemos reunido hoy en solemne asamblea. Amparados en el derecho natural e histórico del pueblo judío y en la resolución de las Naciones Unidas, proclamamos la fundación del Estado judío en la tierra santa, cuyo nombre será Israel”. La declaración fue suscrita por los miembros del Comité ejecutivo de la Jewish Agency, que se constituyó en el primer Gobierno del nuevo Estado, que fue reconocido pocos minutos después por Estados Unidos, y ulteriormente por otros países.

Confrontaciones Bélicas.

Al día siguiente, 15 de mayo, cruzaron las fronteras de Palesti-

na las tropas árabes de los Estados de Siria, Líbano, Irak, Jordania y Egipto, abriendo cauces a una confrontación intermitente que perdura hasta nuestros días. El secretario general de la Liga Árabe, en telegrama enviado a la ONU dijo que “Los Estados árabes se han visto forzados a intervenir con el objeto de garantizar la paz y la seguridad, y restablecer la ley y el orden en Palestina, y también para llenar el vacío dejado por los ingleses al finalizar su mandato”. En las primeras acciones, las tropas árabes invadieron los territorios que les fueron prometidos por la ONU, pero fueron rechazados en todos los frentes, con fuertes pérdidas humanas, por los israelíes, que estaban bien preparados para una emergencia bélica. Las fuerzas más numerosas eran las egipcias, del rey Faruk, pero se dice que en esa época servían más para “desfiles, maniobras y paradas en honor de ilustres visitantes que para jugar un papel decente en la batalla”.

En vista de la intensidad de las acciones bélicas, el Consejo de Seguridad de la ONU propuso una tregua en la cuestión de Palestina y, el 29 de mayo, anunció la orden de alto el fuego. Las operaciones bélicas cesarían por un período de cuatro semanas, para posibilitar que la comisión mediadora de las Naciones Unidas tratase de inducir a ambos bandos a poner fin a las hostilidades.

En dichas circunstancias, se designó al conde Folke Bernadotte, de nacionalidad sueca y emparentado con la Casa Real, presidente de la comisión mediadora de las Nacio-

nes Unidas. Había sido funcionario de la Cruz Roja sueca e internacional por un amplio período. Se hizo famoso en el escenario mundial por sus negociaciones con el jerarca nazi Himmler, jefe de las SS, que salvaron la vida de numerosos judíos residentes en Alemania.

El nombramiento de Bernadotte fue aceptado sin objeciones por parte de los judíos, así como las condiciones del armisticio. Pero los árabes vacilaron un tanto en dar su aprobación, porque consideraban que la tregua favorecería a los israelíes. El millón de fugitivos árabes de los territorios ocupados por los judíos no tenía idea del armisticio y demandaba la continuación de las hostilidades, con la esperanza de derrotar a Israel y poder retornar a su patria. Los árabes terminaron por aceptar la tregua dispuesta por las Naciones Unidas. Una vez concluida la tregua, el enviado de la ONU gestionó una prórroga de la misma porque se reanudaron los combates esporádicos. Bernadotte acudió personalmente al Consejo de Seguridad, el 13 de julio, para informar sobre la situación. Expresó que ambas partes en conflicto le habían acusado de parcialidad y favoritismo, lo que le inducía a pensar que había cumplido las instrucciones con cierta justicia. La Cruz Roja Internacional le había prestado valiosa colaboración, pero requería observadores de la tregua que estuvieran bajo su autoridad. Apeló a la firme y rápida intervención del Consejo de Seguridad para poner fin al conflicto. “Por el momento he hecho lo más que he podido y por ahora no puedo hacer más”, concluyó afirmando.

El Consejo de Seguridad, motivado por el patético informe del mediador Bernadotte, adoptó una firme e imperativa resolución, el 15 de julio, mediante la cual “Ordena a las autoridades y gobiernos interesados...que desistan de continuar la acción bélica, y que para tal fin giren órdenes de cesar el fuego a sus fuerzas militares y semimilitares”. Declara, al propio tiempo, que la omisión de dar cumplimiento a esta disposición demostraría la existencia de un rompimiento de la paz, que requeriría la inmediata consideración del Consejo de Seguridad para emprender la acción que decida.

A esta acción siguió una tregua inestable, aunque sin luchas violentas. El Consejo de Seguridad se reunió el 18 de septiembre para tomar conocimiento de la trágica muerte del conde Bernadotte, muerto a balazos en el sector de Katamon de Jerusalén, cuando ingresaba en automóvil a la ciudad con miembros de su misión. En uno de los salones del edificio de la ONU hay una placa que honra la memoria de este “apóstol de la paz”, junto con el coronel André Serot, de la fuerza aérea francesa.

El mediador suplente, doctor Ralph Bunch, continuó de modo infatigable los esfuerzos de su antecesor, con miras a encontrar un cauce conducente a la concordia de las partes. En noviembre de 1948, ante la precariedad de la tregua y la preocupación de las partes en conflicto, planteó algunas recomendaciones al Consejo de Seguridad, el cual adoptó de inmediato una resolución reiterativa de su anterior insistencia en que se ponga fin a las hostilidades,

mediante un armisticio en todos los sectores de Palestina. En cumplimiento de las instrucciones del Consejo, el doctor Bunch instrumentó el complejo diálogo con los representantes de Israel y de los Estados árabes, para discutir los términos del armisticio, las líneas de demarcación y el retiro de las fuerzas.

El armisticio entre Israel y Egipto se firmó el 24 de febrero de 1949. Luego se plegaron sucesivamente los demás estados árabes. Hacia el mes de julio se estimaba que el conflicto real había concluido. En reconocimiento a su importante labor, el doctor Bunch fue honrado con el Premio Nobel de la Paz. No se puede negar que la ONU ha jugado un papel importante en este delicado problema, que continúa desafortunadamente inconcluso. Frente al ejemplar desarrollo que ha alcanzado el Estado de Israel surge la pregunta de lo que habría ocurrido si en esa época se habría instalado el Estado de Palestina.

El hecho cierto es que árabes y judíos se han enfrentado en varias guerras, desde la fundación del Estado de Israel, en un conflicto que permanece latente.

El primer conflicto bélico de envergadura se dio cuando arreció la tensión entre Egipto, Francia e Inglaterra, a propósito de la nacionalización del Canal de Suez, anunciada por el presidente Nasser en julio de 1956. En ese conflicto abierto intervino también Israel, que llegó a ocupar la península del Sinaí. Tiempo después habría de devolverla a Egipto. En el marco de la ONU se abrieron numerosos debates y conversaciones internacionales en torno

al tema de la nacionalización del canal de Suez. Gran Bretaña y Francia sostenían que “todas las potencias tenían garantizado el libre paso por el canal en todo tiempo”. Entretanto Egipto defendía sus derechos de soberanía y expresaba que, como estaba en guerra con Israel, no tenía por qué permitir que barcos enemigos surcasen las aguas del canal. En el tablero diplomático no estuvieron ausentes por cierto Estados Unidos y la Unión Soviética. La Asamblea General de la ONU exigió a Gran Bretaña, Francia e Israel que evitaran continuar la lucha y que retirasen sus fuerzas militares de las zonas ocupadas. En todo caso el conflicto bélico terminó con la derrota de los países árabes. El 7 de noviembre reinaba la paz en el canal de Suez.

En 1967 tuvo lugar la guerra de los seis días. Las previsiones del Alto Mando de Israel indicaban que el país no podía sostener una guerra que durase más de una semana. Para alcanzar la victoria requería anticiparse al enemigo y evitar su penetración en territorio israelí. Las acciones bélicas se desarrollaron entre el 5 de junio y el 10 de junio de 1967, con una victoria que le permitió ampliar su extensión territorial. La derrota árabe de 1967 fue peor que la de 1956 en el sentido de que el éxito le correspondía solo a Israel, lo que exacerbó más los ánimos de sus adversarios. La victoria no garantizó la paz.

Apenas seis años después, las tensiones acumuladas provocaron otro conflicto bélico. En efecto, en 1973, Egipto y Siria, aprovechando la coyuntura de la fiesta judía de Yom

Kippur, atacaron en acción simultánea a Israel, que tras algunas derrotas iniciales pasó a la ofensiva hasta la conclusión de las hostilidades.

Cinco años después, surgieron iniciativas tendientes a propiciar esfuerzos en favor de una paz estable en el Medio Oriente. En efecto, en 1978, el presidente de Egipto, Anwar al-Sadat, y el primer ministro de Israel, Menahem Begin, llegaron a suscribir los acuerdos de Camp David. Los demás países árabes, por desgracia, los rechazaron. El eje del conflicto se trasladó entonces al sur del Líbano, que fue invadido ese mismo año por Israel, para responder a la actividad guerrillera de la Organización para la Liberación de Palestina (O.L.P), que allí operaba desde 1968. No desapareció la tensión en la región y más bien se amplió el conflicto en el Líbano, tanto que los israelíes avanzaron en 1982 hasta Beirut para expulsar a la OLP.

Tiempo después, en 1987, la OLP declaró la Intifada, una guerra no declarada ni convencional que suscitó el levantamiento palestino en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania. Este hecho concitó la atención internacional por el contraste de la lucha entre el moderno ejército judío y los grupos de palestinos armados de un modo precario.

En la década de los noventa se reactivaron las proclamas pacifistas y surgió en sectores progresistas de Israel la tesis del cambio de paz por tierra, tesis no respaldada por los sectores conservadores. En ese contexto, el líder de la OLP, Yaser Arafat, y el entonces primer ministro hebreo, Itzhak Rabin, firmaron un

acuerdo de paz en 1993, en la ciudad de Washington, tras un complejo proceso de negociaciones.

Si bien no significaba la solución del conflicto, fue el paso inicial en la ruta de la paz, a partir de la autonomía progresiva de los territorios de Gaza y Jericó. Un nuevo acuerdo entre ambos líderes, suscrito en setiembre de 1995, postuló la autonomía de 7 ciudades de Cisjordania, con el espíritu que prevaleció en las citadas negociaciones de Washington. Pero estos proyectos se frustraron pocas semanas después por el asesinato del primer ministro Rabin a manos de unos israelíes ultranacionalistas.

En octubre de 1998, el líder del partido derechista Likud, Benjamín Netanyahu, firmó un acuerdo con Yaser Arafat, bajo el enfoque de cambiar territorios por seguridad. El acuerdo de Wye River (EE. UU.) contemplaba la cesión de una parte de Cisjordania y la liberación de 750 presos palestinos. El año siguiente, en el gobierno de Ehud Barak, Israel tomó la decisión de reactivar el estancado acuerdo de Wye River y suscribirlo con algunas modificaciones, para relanzar la paz en el Medio Oriente. Barak y Arafat suscribieron el 4 de setiembre de 1999, en Egipto, la versión “corregida” del acuerdo de Wye, en el entendido de que no era sino la continuación del instrumento que suscribieron el líder palestino y Rabin en 1993, en procura de un nuevo horizonte de paz y seguridad para la zona.

En la primera década de este nuevo siglo no se ha modificado la atmósfera de una paz inestable, debido en buena medida a los hechos

que hemos relatado someramente, a pesar de los gestos políticos que tienden a remediar esta situación. El problema de la enorme leva de refugiados palestinos y su situación precaria es uno de los escollos que dificultan avanzar en el tema. Mas todavía la actitud radical de los países árabes que cuestionan la legitimidad de la existencia jurídica del Estado de Israel.

No se columbra otra vía de arreglo de esta delicada y compleja controversia que no sea la existencia de los dos Estados soberanos previstos por la comunidad internacional en la resolución de la ONU, de noviembre de 1947. En ese contexto es indispensable el diálogo entre las partes, sin menoscabo de los esfuerzos de mediación de los grandes centros de poder.

Bibliografía

- Historia de la Humanidad (bajo el patrocinio de la UNESCO).
- Grandes guerras de nuestro tiempo (tomo 15, Christian Zentner).
- Gran Historia Universal Larousse (tomo 18).
- Las Naciones Unidas (Cornelia Meigs).